



RECENSIÓN

Francisco Linares Martínez, *Sociología y Teoría Social Analíticas. La ciencia de las consecuencias inintencionadas de la acción*, Madrid: Alianza Editorial, 2018 (270 págs.)

El entusiasmo de mediados del siglo pasado por las posibilidades de conformar un saber social, que había expresado elocuentemente Peter Berger en el título de su obra «invitación a la sociología» (1963), no tardó mucho en desplazarse del fuego al frío. El mismo Berger posteriormente se mostró escéptico frente al futuro de esta disciplina en tanto «perspectiva» (1992). Lo cierto es que, tal como señala Francisco Linares en este libro, «... el éxito empirista de las ramas aplicadas de la sociología convivía con el fracaso en la pretensión de disponer de un marco teórico integrado, lógicamente consistente y conceptualmente preciso». Es decir, si interpretamos bien sus palabras, la sociología adolecía de ciencia. De esto precisamente trata primordialmente esta obra: mostrar por dónde ha de ir la sociología para ser un saber científicamente solvente.

Linares reconoce un común denominador característico de la mayoría de los sociólogos en su «modelo de transición interaccionista»; distinguible por: 1.º) el reconocimiento de la heterogeneidad de los sujetos, 2.º) el hecho de que los sujetos se desenvuelven como agentes en procesos interactivos consecuenciales, 3.º) que los agentes toman decisiones ahorrando energía y costes de información, 4.º) el resultado de la interacción transforma las condiciones iniciales, y 5.º) que la dificultad de la agencia para modificar el orden social conlleva una tendencia estabilizadora. Señala apropiadamente nuestro autor que este modelo es insuficiente para responder al problema del vínculo micro-macro al no poder dar una respuesta satisfactoria a la pregunta de «¿cómo será posible reconstruir las secuencias de cadenas de interacción con un gran número de eslabones que tienen lugar en la realidad?». Refrenda su señalamiento en Homans, quien exponía que debe responderse «... cómo la conducta de distintos hombres, conducta que ejemplifique las mismas proposiciones generales, se combina a través del tiempo para producir resultados particulares, cuando la conducta pasada afecta a la presente a través de complejas cadenas»; explicitando así que ello «reside en el carácter histórico...» (Homans, 1970: 92). De esta forma, se establece un nexo entre análisis y tiempo, entre presente y dependencia del pasado, apuntando a una sociología analítica histórica, en la que po-

drían caber «grandes estructuras y largos procesos», como señalara Tilly (1984). Sin embargo, Linares no se hace cargo de este ineludible aspecto de historicidad.

La proposición principal que se nos invita a compartir, de amplia trayectoria antecedente, tal como reconoce el autor, reza que «la sociología es la ciencia de las consecuencias inintencionadas de la acción». Así entonces, las acciones que interesan a la sociología serán aquellas que conllevan interdependencia con otros sujetos o individuos agentes, las que teniendo consecuencias intencionadas también acarrearán otras no intencionadas, y serán éstas últimas las que concitarán la ocupación prioritaria del sociólogo; ya que van más allá de las intenciones originales y previsiones de los individuos agentes.

Linares nos acerca con pedagogía a «la otra sociología»; como la denominara Lizón (2007) en su obligada obra referencial a esta tradición «cognitiva» (Boudon, 2001). La sociología analítica se define en este libro como: 1) una teoría de la acción alejada del modelo de actor racional; 2) por su adscripción a un individualismo relacional de actores incrustados en redes sociales; 3) que busca explicaciones mediante mecanismos causales; 4) que elabora teorías de rango medio, y 5) hace empleo de modelos computacionales basados en agentes. Si bien la mayor parte de los sociólogos analíticos compartirían los primeros cuatro puntos de esta caracterización, hay dos consideraciones que relativizan el último. La primera es que la sociología científica no habría podido existir, y eventualmente dejaría de ser tal, sin poder cumplir aquel requisito. El mismo parece excesivamente restrictivo, y aún Hedström y Schelling no se han circunscrito a su exclusividad. La segunda es que la sociología analítica adopta el pluralismo metodológico, toda vez que «... en el vértice causal e intencional, los sujetos producen sentido, se interpretan a sí mismos y al mundo circundante» (Aguiar *et al.*, 2009: 446). Sin embargo, el análisis no se completa en la relación macro-micro sino hasta que existe una *transformación* desde el nivel micro al macro para dar emergencia al fenómeno estudiado. Este proceso transcurre entre un tiempo precedente y un tiempo posterior; aspecto débilmente destacado en la referencia al esquema de Coleman que nos entrega Linares. Secuencia y recursividad de los procesos sociales parecen estar ausentes. Esto es particularmente atingente puesto que lo importante es la explicación del funcionamiento del sistema social y no el comportamiento individual. La sociología analítica puede perfectamente tener una vista panorámica, sin perder su senda de precisión definicional, racionalidad discursiva y rigor lógico, de racionalismo epistémico —o racionalismo empírico (Bunge, 2007)—, es decir, de explicación causal mecanísmica y microfundamentada, teorizante, formalizadora e inserta en el progreso cognitivo de las ciencias (Aguiar *et al.*, 2009). No obstante, en justicia hay que decir en descargo de nuestro autor que nunca niega lo que no admite.

Linares hace bien en destacar que el empleo de un método ha de ceñirse a pertinentes «reglas en la producción del saber». La respuesta a este requerimiento la encontrará en el Protocolo ODD (Overview, Design Concepts, Details), propuesto por Railsback, Grimm y colaboradores, y que se expone en los capítulos 8 y 9, de obligada lectura conjunta. Este protocolo posibilitará la definición rigurosa del problema de investigación para su adecuada comunicación, información y replicación como teoría de rango medio. Así entonces, se enseña una aproximación singular a la estrategia explicativa de la investigación sociológica. Una forma de abordar la explicación de los «hechos sociales» que se reconoce reduccionista, mecanicista y formalista; términos todos ellos que suelen tener mala prensa sobre todo entre las corrientes discursivas de la disciplina. Linares aclara suficientemente uno a uno estos adversos argumentos relativizando sus implicaciones epistemológicas. El reduccionismo se referirá a que las explicaciones (*explanans*) deben buscarse en un nivel inferior de lo que se explica (*explanandum*), que no es necesariamente individual. El mecanicismo estriba en la búsqueda de explicaciones a través de mecanismos causales no necesariamente mecánicos. El formalismo no implica una extrema matematización de los fenómenos sociales, sino más bien el modelamiento formal, diseño explícito, riguroso y empíricamente calibrado de los factores que permiten su generación.

Ya al final de la lectura, nuestro autor nos señala que su libro se sostiene sobre la premisa de «... que la vida no es sueño», dado que, nos dice: «... hacer ciencia sobre las consecuencias inintencionadas de la acción requiere dar por sentado que: 1) existen patrones de comportamiento que no responden a reglas caprichosas, [...] y 2) por tanto es posible aportar una explicación lógica, coherente y rigurosa de esos patrones que no podrían emerger nunca en un sueño». Hay aquí un realismo implícito que sin embargo el autor nunca destaca especialmente a lo largo del texto, y más bien da por sentada la ontología que subyace a la sociología analítica. No obstante, desde diversas perspectivas suele afirmarse que entre ontología, epistemología y metodología hay una relación necesaria (v.gr.: Archer, 1995; Bunge, 2007; Marsh y Furlong, 2002).

El libro de Linares es una obra fundamental para quienes se interesen por un estudio de «lo social» cimentado sobre un saber explicativo científicista, es decir, en términos de un realismo metodológico que se adscribe a la tesis de que «la mejor estrategia para explorar el mundo es el método científico» (Bunge, 2007). A este respecto también existe un propósito latente de la sociología analítica, no explicitado por nuestro autor, que bien vale la ocasión mencionar, y es buscar convergencia de las ciencias sociales en la unidad básica de mecanismos, en vez de mediante las teorías (Elster, 2010). Un ejemplo notable de este curso de convergencia, aunque quizá todavía ambiguo, lo representa el auge que actualmente se observa en la Nueva Economía Política (Mayntz, 2019).

Si hay un problema que puede destacarse en la concepción de la sociología analítica, este puede provenir de la definición misma de «mecanismo». En primer lugar, no solo puede distinguirse una amplia polisemia definicional (Mayntz, 2003), sino también diferentes modalidades de categorización de los mismos (Hedström y Swedberg, 1996; Elster, 2005; Tilly, 2001). En segundo lugar, está el problema ontológico: ¿son los mecanismos modelos para pensar la realidad o, más bien son «... elementos del mobiliario del mundo real»? (Bunge, 2000: 56). Linares opta sanamente por el expediente de la trazabilidad consecuente del concepto a partir del trabajo seminal de Coleman y su continuidad en Hedström. No obstante, de lo que sin duda ha de precaverse la sociología analítica es de no reiterar la dificultad de la teoría social de Parsons, es decir, su ahistoricismo. En este sentido va también el señalamiento de que «la buena sociología se toma en serio la historia» (Tilly, 2008: 133).

REFERENCIAS

- Aguiar, F.; De Francisco, A.; Noguera, J. A. (2009): «Por un giro analítico en sociología», *Revista Internacional de Sociología*, 67 (2): 437-456.
- Archer, M. (1995), *Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Berger, P. L. (1963): *Invitation to Sociology*, Nueva York: Doubleday.
- Berger, P. L. (1993): «Sociología: ¿se anula la invitación?», *Facetas*, 4: 38-42.
- Boudon, R. (2001): «Sociology that really matters», Estocolmo: European Academy of Sociology.
- Bunge, M. (2000): *La relación entre la sociología y la filosofía*, Madrid: Edaf.
- Bunge, M. (2007): *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*, Barcelona: Gedisa.
- Elster, J. (2005): «En favor de los mecanismos», *Sociológica*, 19 (57): 239-273.
- Elster, J. (2010): «One social science or many?», *World Social Science Report*: UNESCO.
- Hedström, P. & Swedberg, R. (1996): «Social Mechanisms», *Acta Sociológica*, 39 (3): 281-308.
- Homans, G. C. (1970): *La naturaleza de la ciencia social*, Buenos Aires: Eudeba.
- Lizón, A. (2007): *La otra sociología. Una saga de empíricos y analíticos*, Madrid: Montesinos Ensayo.

- Marsh, D. y Furlong, P. (2002), «A Skin, not a Sweater: Ontology and Epistemology in Political Science», en D. Marsh and G. Stoker (eds.), *Theory and Methods in Political Science*, Basingstoke: Palgrave, pp. 17-44.
- Mayntz, R. (2003): *Mechanisms in the Analysis of Macro-Social Phenomena*, MPIfG Working Paper 03/3, Colonia: Max Plank Institute for the Study of Societies.
- Mayntz, R. (2019): *Changing Perspectives in Political Economy*, MPIfG Discussion Paper 19/6, Colonia: Max Plank Institute for the Study of Societies.
- Tilly, C. (1984): *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Tilly, C. (2001): «Mechanisms in Political Processes», *Annual Review of Political Science*, 4: 21-41.
- Tilly, C. (2008): *Explaining Social Processes*, Boulder (CO): Paradigm Publishers.

Ramón Antonio Gutiérrez Palacios
sociosinfrontera@yahoo.es